

Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no vi en mi sentimiento la imagen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí.... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas, irritó en exceso mi cólera.

HORACIO.

Callad.... ¿Quién viene aquí?

ESCENA V.

HAMLET. HORACIO. HENRIQUE.

HENRIQUE.

En hora ⁽¹⁰⁾ feliz haya regresado vuestra Alteza á Dinamarca.

HAMLET.

Muchas gracias, caballero.... ¿Conoces á este moscon?

HORACIO.

No señor.

HAMLET.

Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por mas que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del

Rey.... Es la corneja mas charlera que en mi vida he visto; pero, como te he dicho ya, posee una gran porcion de polvo.

HENRIQUE.

Amable Príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupacion que se lo estorbe, yo le comunicaria una cosa de parte del Rey.

HAMLET.

Estoy dispuesto á oirla con la mayor atencion.... Pero emplead el sombrero en el uso á que fue destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

HENRIQUE.

Muchas gracias, señor.... ¡Eh! el tiempo está caluroso.

HAMLET.

No, al contrario, muy frio. El viento es norte.

HENRIQUE.

Cierto que hace bastante frio.

HAMLET.

Antes yo creo.... á lo menos para mi complexion hace un calor que abrasa.

HENRIQUE.

¡Oh! en extremo..... sumamente fuerte, como..... yo no sé cómo diga..... Pues señor, el Rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET.

Tened presente que el sombrero se.....

HENRIQUE.

¡Oh! señor.... lo hago por comodidad..... cierto..... Pues ello es que Laertes acaba de llegar á la corte..... ¡Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Excelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos..... Cierto, hablando sin pasion, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET.

La pintura que de él haceis no desmerece nada en vuestra boca, aunque yo creí que al hacer el inventario de sus virtudes, se confundirian la aritmética y la memoria, y ambas serian insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de

grande espíritu, y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo, pues el que presume buscarla en otra parte, solo encontrará bosquejos informes.

HENRIQUE.

Vuestra Alteza acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

HAMLET.

Sí, pero sépase á qué propósito nos enronquecemos ahora entremetiendo en nuestra conversacion las alabanzas de ese galan.

HENRIQUE.

¿Cómo decís, señor?

HORACIO.

¿No fuera mejor que le hablarais con mas claridad? Yo creo, señor, que no os sería difícil.

HAMLET.

¿Digo que á qué viene ahora hablar de ese caballero?

HENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

¡Eh! ya vació cuanto tenía, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Sí señor, de ese mismo.

HENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de....

HAMLET.

Quisiera que no me tuviérais por ignorante, bien que vuestra opinion no me añadiría un gran concepto. Y bien, ¿qué mas?

HENRIQUE.

Decía que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo, por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

HENRIQUE.

Yo lo decía por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y qué arma es la suya?

HENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas. Vaya, adelante.

HENRIQUE.

Pues señor, el Rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturón, colgantes, y así á este tenor. Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!.... ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

¿Y á qué cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya rezelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudiérais acabar el diálogo.

HENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los.... los cinturones.

HAMLET.

La expresion sería mucho mas propia si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones.... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas.... ¿Con que esto es lo que apuesta el frances contra el dinamarques? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

HENRIQUE.

El Rey ha apostado, que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonzos los que él os dé, y él dice que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

HENRIQUE.

Quiero decir, si admitís el partido que os proponé.

HAMLET.

Pues señor, yo tengo que pasearme todavía

en esta sala, porque si su Magestad no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Traiganse aqui los floretes, y si ese caballero lo quiere asi, y el Rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo, y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

HENRIQUE.

¿Con que lo diré en esos términos?

HAMLET.

Esta es la substancia: despues lo podeis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

HENRIQUE.

Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

HAMLET.

Siempre vuestro, siempre.

ESCENA VI.

HAMLET. HORACIO.

HAMLET.

Él hace muy bien de recomendarse á sí mis-

mo; porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascaron pegado á las plumas.

HAMLET.

Sí, y aun antes de mamar hacia ya cumplimientos á la teta.... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al gusto del día con esa exterioridad halagüeña y obsequiosa.... y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado á la espuma, que por mas que hierva y abulte, al dar un soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII.

HAMLET. HORACIO. UN CABALLERO.

CABALLERO.

Señor, parece que su Magestad os envió un recado con el joven Henrique, y éste ha vuelto diciendo que esperábais en esta sala. El Rey me

envía á saber si gustais de batallar con Laertes inmediatamente, ó si quereis que se dilate.

HAMLET.

Yo soy constante en mi resolucion y la sujeto á la voluntad del Rey. Si esta hora fuese cómoda para él, tambien lo es para mí: con que hágase al instante ó cuando guste, con tal que me halle en la buena disposicion que ahora.

CABALLERO.

El Rey y la Reina bajan ya con toda la corte.

HAMLET.

Muy bien.

CABALLERO.

La Reina quisiera que antes de comenzar la batalla, hablárais á Laertes con dulzura y expresiones de amistad.

HAMLET.

Es advertencia muy prudente.

ESCENA VIII.

HAMLET. HORACIO.

HORACIO.

Temo que habeis de perder, señor.

HAMLET.

No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de egercitarme, y creo que le llevaré ventaja..... Pero..... no podrás imaginarte qué angustia siento aqui en el corazon..... ¿Y sobre qué?.... No hay motivo.

HORACIO.

Con todo eso, señor.....

HAMLET.

¡Ilusiones vanas!.... Especie de presentimientos, capaces solo de turbar un alma femenil.

HORACIO.

Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para qué empeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estais indispuerto.

HAMLET.

No, no..... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser despues: todo consiste en hallarse prevenido

para cuando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podria ocurrir despues, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir. (11)

ESCENA IX.

HAMLET. HORACIO. CLAUDIO. GERTRUDIS. LAERTES. HENRIQUE. CABALLEROS. DAMAS.
ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento. (*Hace que Hamlet y Laertes se den la mano.*)

HAMLET.

Laertes, si estais (12) ofendido de mí, os pido perdon. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oido, el desorden que mi razon padece. Quanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera accion en fin capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar, que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasion (en que él á sí propio se desconocia) ofendió á Laertes,

no fue Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. ¿Pues quién pudo ser? Su demencia sola. . . . Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid pues que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intención, y espere de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio, y por error herí á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazón, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante ni admitir reconciliación alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancha. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciáis, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competi-

dor fuese mi hermano. . . . Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Sí, vamos. . . . Uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, joven Henrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.

Sí señor, y en verdad que habeis apostado por el mas debil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demas segun su clase ocupan los asientos restantes. Quedan en pie los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes que se disponen para batallar, y Horacio y Henrique en calidad de jueces ó padrinos.)